

Inmigrantes entre la lealtad y la rebeldía: los irlandeses en los procesos de independencia de la Gran Colombia (1821) y Texas (1836)

José-Shane Brownrigg-Gleeson Martínez

► **To cite this version:**

José-Shane Brownrigg-Gleeson Martínez. Inmigrantes entre la lealtad y la rebeldía: los irlandeses en los procesos de independencia de la Gran Colombia (1821) y Texas (1836). Rey Tristán, Eduardo; Calvo González, Patricia. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles : congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. Universidade de Santiago de Compostela, Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas Gumersindo Busto ; Consejo Español de Estudios Iberoamericanos, pp.901-920, 2010, Cursos e Congresos; 196. <halshs-00530571>

HAL Id: halshs-00530571

<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00530571>

Submitted on 29 Oct 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

INMIGRANTES ENTRE LA LEALTAD Y LA REBELDÍA: LOS IRLANDESES EN LOS PROCESOS DE INDEPENDENCIA DE LA GRAN COLOMBIA (1821) Y TEXAS (1836)

José-Shane BROWNRIGG-GLEESON MARTÍNEZ¹
Universidad de Salamanca
España

Los procesos de independencia iberoamericanos llevaron a un gran número de irlandeses a cruzar el Atlántico, primero para contribuir a la lucha emancipadora –el caso de la Legión irlandesa que sirvió en Nueva Granada y Venezuela entre 1819 y 1821– y después para participar en la conformación de las nuevas repúblicas –aprovechando, por ejemplo, los planes de colonización del primer parlamentarismo mexicano. El azaroso escenario que presentaron ambos espacios requirió en no pocas ocasiones que estos extranjeros se tuvieran que posicionar entre la lealtad y la rebeldía con respecto a las autoridades.

El presente trabajo tiene dos objetivos. Pretende tomar la dilatada presencia de irlandeses en los procesos para discutir el papel de los inmigrantes tanto en la consolidación como en el debilitamiento de las nuevas repúblicas. Además, plantea un interrogante que se inscribe en una visión transatlántica de la era de las revoluciones: ¿Cómo influyó

-
1. Grupo de Investigación Reconocido sobre las independencias iberoamericanas de la Universidad de Salamanca (Indusal). Este trabajo se ha beneficiado de la financiación proporcionada por una ayuda del Plan Nacional de Formación de Profesorado Universitario (FPU) del Ministerio de Educación [AP2007-00166], y a su vez se inscribe en el proyecto de investigación titulado «Hispanoamérica y Brasil en tiempos de las independencias: subalternos y excluidos entre los grupos realistas (1810-1825)» del Ministerio de Ciencia e Innovación [HAR2009-09262].

en el Reino Unido la experiencia de estos emigrantes? A través de la aproximación a la prensa británica del momento se valora la influencia que las independencias de la Gran Colombia y Texas pudieron tener en las décadas en que Daniel O'Connell –más adelante conocido como «el Libertador» de Irlanda– ponía en marcha su campaña de agitación política.

PALABRAS CLAVE: Independencias, inmigrantes, irlandeses, Colombia, Texas, Daniel O'Connell.

Casi todas las investigaciones hechas en las últimas dos décadas en torno a los movimientos de independencia iberoamericanos son deudoras, en mayor o menor medida, de los trabajos de François-Xavier Guerra y de la decisiva influencia que éste tuvo en la reconfiguración de las interpretaciones de los procesos de emancipación. La revisión inspirada por el historiador francés sitúa el origen de dichos procesos en las consecuencias de la crisis desencadenada en la monarquía hispánica por la invasión napoleónica de 1808. Así se explica el posterior triunfo de una «modernidad de ruptura», en la que Guerra atestiguaba la paradójica situación de estos «países y sociedades muy tradicionales y, sin embargo, con regímenes políticos muy modernos»². Dada la aceptación de estas tesis, no resulta extraño que en años recientes haya resurgido el interés por los efectos concretos de la crisis hispana en el continente americano, ni que la historiografía haya vuelto su mirada a la situación interna de los territorios americanos para explicar el cambio cultural que combinó prácticas políticas propias del Antiguo Régimen con nuevos símbolos, discursos y representaciones.

Este renovado interés por las evoluciones concretas de la política puede sin embargo dar lugar a otra paradoja, en este caso relacionada con la interpretación de los procesos de emancipación. Al mismo tiempo que la historiografía continúa asimilando las propuestas teóricas que abogan por la incorporación de los procesos de independencia iberoamericanos al marco global que brinda el Atlántico, asistimos a una progresiva marginación de la dimensión internacional de las independencias. Dicho de otro modo: a pesar de que cada vez son más los historiadores para quienes la ampliación de horizontes interpretativos constituye un aspecto crucial de la problemática, las investigaciones en curso parecen apostar por estudios de temática local y regional en los que el contexto internacional apenas adquiere un papel secundario³.

2. François-Xavier Guerra, «Los orígenes socio-culturales del caciquismo», *Anuario del Instituto de Estudios Históricos-Sociales*, nº 7, 1992, pp. 185-186.

3. Un proyecto de enorme interés por su intención de desarrollar una historia atlántica de los conceptos políticos es el conocido como *Iberconceptos*. Javier Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* (vol. I), Madrid, Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009. Otro trabajo reciente que estudia las revoluciones iberoamericanas junto con la norteamericana, francesa y haitiana en Wim Klooster, *Revolutions in the Atlantic World: A Comparative History*, New York Univer-

La posibilidad de que esta revisión lleve a que se pase por alto el carácter transnacional (y transoceánico) de las independencias ha hecho que resurjan las voces en recuerdo de la dimensión transatlántica de las mismas. Así, en un trabajo reciente Rafe Blaufarb ha argumentado que la lucha de Hispanoamérica por su independencia trascendió el nivel de guerra civil hispana para implicar a las fuerzas geopolíticas occidentales en un proceso de realineación estratégica⁴. Según esta interpretación, esta realineación se habría desencadenado sobre todo tras 1815, aunque el alto nivel de entrelazado y «enredo» existente entre los contextos atlánticos anglosajón e hispano provendría desde al menos mediados del siglo XVIII⁵.

La llegada de emigrantes europeos a Iberoamérica en las tres décadas posteriores a la batalla de Waterloo fue una manifestación más de la interconexión existente entre ambas orillas del Atlántico durante las guerras de independencia. El escenario iberoamericano se acercó a las principales urbes europeas tan pronto como los representantes de las misiones diplomáticas de las juntas de gobierno americanas comenzaron a abastecerse de hombres y recursos en el continente, si bien sería el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda el principal destino de los agentes bolivarianos. Entre los hombres llegado a la capital británica por la necesidad de conseguir fondos y reclutar oficiales y soldados con los que continuar el esfuerzo bélico en el continente americano se encontraba el caraqueño Luis López Méndez, que en desempeño de sus funciones como comisionado especial de Venezuela en Londres estableció desde 1817 una operativa red de reclutamiento con ramificaciones en ambas islas británicas⁶. Los planes de alistamiento contemplaban importantes ventajas económicas para estos extranjeros (incluida la cesión de tierras tras la consecución de la independencia), por lo que resultaron atractivos para los grupos más necesitados de la sociedad británica. No resulta extraño que en el escenario posbélico de 1815 los irlandeses, habitantes de

sity Press, Nueva York, 2009. Para el caso hispano en concreto, la interpretación atlanticista más sugerente sigue siendo la de José María Portillo Valdés, *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Marcial Pons, Madrid, 2006.

A pesar de todo ello, las diversas propuestas historiográficas de la *Atlantic History* continúan inspirando importantes reticencias en el ámbito hispanohablante. Al respecto, véase Federica Morelli y Alejandro E. Gómez, «La nueva Historia Atlántica: un asunto de escalas», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Bibliografías, 2006, [En línea], <http://nuevomundo.revues.org/2102>. Consultado el 15 marzo 2010.

4. Rafe Blaufarb, «The Western Question: The Geopolitics of Latin American Independence», *American Historical Review*, n° 112, 3, 2007, pp. 742-762.
5. Eliga H. Gould, «Entangled Histories, Entangled Worlds: The English-Speaking Atlantic as a Spanish Periphery», *American Historical Review*, n° 112, 3, 2007, pp. 764-786.
6. María Teresa Berrueto León, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1989, pp. 229-247.

uno de los espacios más superpoblados del Reino Unido, se convirtieran rápidamente en uno de los principales objetivos de los agentes de Bolívar⁷.

Una vez superado el periodo de enfrentamiento en los campos de batalla, las nuevas repúblicas tuvieron que afrontar la difícil tarea de construir y desarrollar las instituciones estatales, a la vez que procuraban una pronta recuperación económica de los efectos de la guerra. En este sentido, el incremento de la población, no sólo ya para el cumplimiento de las aspiraciones económicas sino también para garantizar su independencia frente a otras potencias extranjeras, empezó a adquirir una destacada importancia en la agenda política de algunos de los nuevos Estados. Tal fue el caso de México, que desde 1821 manifestó la intención de colonizar el noreste de su territorio a través de concesiones a empresarios. Nuevamente en este caso, una república americana volvería sus ojos a Europa, y más concretamente, a los habitantes de la Europa católica (debido a la confesionalidad establecida por la Constitución federal de 1824), para ocupar sus vastos territorios. En este contexto, una vez más los irlandeses tuvieron un rol relevante.

Este trabajo tiene dos objetivos. En primer lugar, pretende discutir el rol de los inmigrantes en la conformación y consolidación de las nuevas repúblicas iberoamericanas, tomando para ello dos casos concretos en los que los irlandeses tuvieron una presencia destacada: la Legión que sirvió los intereses bolivarianos en Nueva Granada y Venezuela entre 1819 y 1821, y las colonias irlandesas fundadas a finales de la misma década en el estado mexicano de Coahuila y Texas, escenario a partir de 1835 de otra revolución de independencia que consideramos plenamente iberoamericana. En segundo lugar, propone interesarse por la repercusión que las experiencias de estos emigrantes tuvieron en sus lugares de origen. La aproximación a la prensa británica del momento revela que el lenguaje político traído al frente por la participación de irlandeses y británicos en las luchas colombiana y texana por su independencia fue manejado por Daniel O'Connell para la campaña que desde comienzo de la década de 1820 lideraba en busca de la emancipación de los católicos y el rechazo de la unión parlamentaria⁸.

7. La historiografía irlandesa ha tendido a aceptar sin excesiva reflexión la superpoblación de Irlanda como causa de la masiva emigración decimonónica. No obstante, existen también estudios de historia económica que ponen a prueba la inevitabilidad de la visión malthusiana comparando el caso irlandés con otras partes de Europa. Véase el trabajo de Joel Mokyr, *Why Ireland starved. A quantitative and analytical history of the Irish economy, 1800-1850*, Allen & Unwin, Londres, 1983.

8. Para los años 1819-1824, hemos localizado 93 artículos de prensa relacionados con la Legión irlandesa de Bolívar. Los periódicos consultados han sido dos londinenses –*The Morning Chronicle* y *The Examiner*– uno dublinés –*The Freeman's Journal*– y tres de importantes ciudades portuarias: *The Liverpool Mercury* (Liverpool), *The Bristol Mercury* (Bristol) y *Trewman's Exeter Flying Post* (Plymouth). No incluimos en el recuento los artículos recuperados de *The Times* por no haber podido hacer un vaciado sistemático hasta la fecha.

Los irlandeses en la independencia de la Gran Colombia⁹

Las autoridades españolas no albergaban duda alguna sobre la intensidad de las injerencias externas en las revoluciones de independencia. Así se manifestaba al respecto el secretario de Estado en los días finales de 1818:

«La sublevación de varias porciones de V.M. en América es indisputablemente la obra de las intrigas de los Gobiernos Extranjeros [...] Demostrado [...] que aquel espíritu de insurrección ha sido más la obra en las manos incendiarias de los extranjeros hay otra verdad no menos evidente que funesta que presentar a la vista de V.M., y es que los extranjeros, después de haber excitado el incendio, son los que han mantenido la llama, suministrando a los insurgentes armas, municiones, buques, y finalmente oficiales para adiestrarlos en el modo de hacer la guerra»¹⁰.

El marqués de Casa Irujo estaba en lo cierto al informar al rey, ya que entre 1819 y 1820 fueron más de seis mil los europeos que llegaron al continente americano para cooperar en el mantenimiento de la susodicha «llama» de la insurrección, por lo general ante la velada aquiescencia de sus respectivos gobiernos. Entre los muchos extranjeros que cruzaron el Atlántico para tal fin rápidamente destacó el contingente de aquellos que conformaron la Legión irlandesa de Bolívar, uno de los cuerpos expedicionarios más numerosos y polémicos. Aunque la Legión no llegó a establecerse como tal hasta 1819, su preparación había comenzado varios años antes, en concreto a principios de 1815. Fue en estas fechas cuando un emprendedor irlandés llamado John Devereux consideró la ocasión propicia para proponer a Crisanto Valenzuela –secretario de Estado de las Provincias Unidas de Nueva Granada– la organización y el envío de un cuerpo expedicionario de irlandeses a dichas Provincias con el fin de proseguir la lucha¹¹. En esta primera comunicación Devereux, además de presentarse ante las autoridades insurgentes como «general del ejército irlandés», se esforzó por aparecer como un hombre en lucha constante contra el despotismo. Este afán le llevó a mencionar su supuesta presencia

9. Nos referimos a la «Gran Colombia» porque la Legión irlandesa estuvo presente tanto en Nueva Granada como en Venezuela, y porque si bien la República de la Gran Colombia se instauró oficialmente en 1821 (Congreso de Cúcuta), el nombre ya había sido propuesto dos años antes durante el Congreso de Angostura. Véase Luis Navarro García, «El proceso político de independencia de la Gran Colombia y Perú», *Revista de historia militar*, nº extraordinario 2, 2007, pp. 139-158.

10. *Informe del Secretario de Estado al rey sobre la necesidad de tomar urgentes medidas para acabar con el servicio de extranjeros en las filas insurgentes*, 23 de noviembre de 1818, Archivo General de Indias, Sevilla [en adelante AGI], Estado, 89, N. 87.

11. John Devereux a Crisanto Valenzuela, Secretario de Estado de las Provincias Unidas de Nueva Granada, recibido en Bogotá el 16 de junio de 1815, citado en Simon Bolívar O'Leary (ed.), *Memorias de Daniel Florencio O'Leary*, Imprenta Nacional, Caracas, 1952, vol. XIV, pp. 257-259.

entre los integrantes de la fracasada rebelión que en 1798 había buscado el apoyo francés para terminar con el dominio británico de Irlanda, y por la cual se vio forzado «a buscar en la América del Norte refugio contra la persecución religiosa que sufría en su país natal»¹².

El envío de hombres no fue sin embargo inmediato. Hasta la segunda mitad de 1817 Bolívar no confirmó a López Méndez su misión de aprovisionamiento de armas y hombres; y los planes de Devereux sólo comenzaron a tomar forma en la primavera de 1819, fecha en que estableció su oficina de reclutamiento en un céntrico hotel dublinés. Al mismo tiempo el contratista irlandés comenzó a organizar cenas y otros eventos públicos para recaudar fondos para la causa, y poco después empezó a fletar barcos con destino a la Nueva Granada. Tras una puesta en marcha aparentemente exitosa, pronto comenzaron los problemas, tanto en la propia expedición que arribó a la isla Margarita como en el Reino Unido, en donde todavía permanecía el propio Devereux enfrascado en una investigación judicial sobre su posible enriquecimiento personal con fondos desviados de la caja de auxilio a los patriotas americanos¹³.

Mientras en el seno de la monarquía hispana, la situación, que había suscitado recelos desde al menos el verano de 1817, se había tornado muy preocupante¹⁴. Las autoridades españolas estaban molestas además con el gobierno británico por la poca resolución con la que su aliado político estaba enfrentándose al reclutamiento público de insurgentes. El duque de San Carlos, embajador español en Londres, se lamentaba de que la «tolerancia» británica frente a los hechos había permitido «el muy considerable armamento que se ha realizado en Irlanda a las órdenes del llamado general Devereux para pasar a América a sostener la insurrección»¹⁵. El embajador, ante las tibias respuestas de Lord Castlereagh, se vio obligado a recurrir a la propia iglesia católica irlandesa para tratar de evitar los reclutamientos masivos¹⁶.

Los esfuerzos del duque de San Carlos parecen haber sido en vano, ya que precisamente fue en la segunda mitad de 1819 cuando más irlandeses pasaron a Hispanoamérica. Aún así, estimar el número total de hombres que integraron la Legión resulta muy complicado, tanto por las circunstancias del reclutamiento –realizado en distintas etapas y ciudades,

12. Sobre la fallida revolución de «the United Irishmen», la monografía más sintética continúa siendo la de Thomas Pakenham, *The year of liberty. The great Irish rebellion of 1798*, Abacus Books, Londres, 2000 [1ª ed. 1969].

13. Matthew Brown, «Crusaders for Liberty or Vile Mercenaries? The Irish Legion in Colombia», *Irish Migration Studies in Latin America*, nº 4, 2, 2006, pp. 37-44.

14. Oficio de José Vázquez Figueroa manifestando la necesidad de impedir la entrada de extranjeros que ayudan a los insurgentes, 12 de julio de 1817, AGI, Estado, 74, N. 135.

15. Embajador en Londres sobre conferencia con Lord Castlereagh, 30 de julio de 1819, AGI, Estado, 89, N. 24.

16. Embajador en Londres remite carta impresa del Dr. Collins, 5 de mayo de 1819, AGI, Estado, 89, N. 18.

y como hemos visto legalmente prohibido por el gobierno británico desde agosto de 1819— como por las cifras tan distintas manejadas por los protagonistas del momento¹⁷. En cualquier caso, y tomando como referencia los números manejados por Matthew Brown, los integrantes en ningún momento debieron superar los dos mil hombres a la vez, y su repercusión directa en el campo de batalla fue sin duda limitada y secundaria. Si bien la Legión tomó parte en la batalla de Riohacha (13 marzo 1820) y los restantes miembros lucharon en Carabobo (24 agosto 1821), su presencia en la guerra no fue ni continuada ni duradera. Su participación incluso llegó en ocasiones a ser un problema para las aspiraciones patriotas, como demuestran los acontecimientos acaecidos en Riohacha en mayo de 1820. Aquí, una vez tomada la ciudad, los miembros de la Legión se rebelaron contra el mando patriota, y tras saquear la población pidieron ser devueltos a sus lugares de origen. La deserción de la mayor parte de los irlandeses exasperó a Mariano Montilla y a Luis Brión, y dio motivos a Bolívar para oficialmente poner fin al reclutamiento de mercenarios extranjeros¹⁸.

A pesar de ello, los irlandeses todavía conservaron durante un tiempo su presencia en la vida social y política colombiana. Cabe destacar que todavía a mediados de 1820 quedaban casi mil hombres en la isla Margarita esperando su oportunidad para intervenir (ésta llegaría para una pequeña minoría de ellos casi un año después, durante la trascendental batalla de Carabobo)¹⁹. No obstante, la rebelión en Riohacha de cuatro de cada cinco miembros de la Legión dotó a estos extranjeros de otra relevancia para el proceso de independencia, tanto en el campo de batalla como en la conformación de la nueva república²⁰. En el aspecto meramente militar, los restos de la Legión fueron asimilados por la Legión británica a la par que los integrantes de ésta dirigían una carta a Bolívar, en la que además de confirmar su fidelidad a la República manifestaban su «sorpresa y lamento» por la deserción de los irlandeses²¹.

17. Con respecto al problema que suponía para el gobierno británico el alistamiento de sus ciudadanos en los ejércitos patriotas, resulta indispensable el trabajo de David A. G. Waddell, «British Neutrality and Spanish-American Independence: the Problem of Foreign Enlistment», *Journal of Latin American Studies*, n° 19, 1, 1987, pp. 1-18.

18. Acerca de la rebelión irlandesa en Riohacha, véase Matthew Brown, «Rebellion at Riohacha, 1820: Local and International Networks of Revolution, Cowardice and Masculinity», *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, n° 42, 2005, pp. 77-98.

19. Ahora sabemos que el 75 por ciento de estos voluntarios murieron o regresaron a Europa sin llegar a intervenir en ninguna acción bélica. Matthew Brown, *Adventuring through Spanish Colonies. Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations*, Liverpool University Press, Liverpool, 2006, p. 41.

20. De los más de 1700 miembros de la Legión irlandesa, 678 estuvieron presentes en Riohacha, de los cuales 544 se rebelaron y fueron transportados a Jamaica. Según Brown los restantes 134 continuaron en las filas independentistas, por lo que en Riohacha no murió ningún miembro del contingente. *Ibidem*, 40.

21. La carta, fechada en Achaguas el 25 de agosto, fue reproducida en *The Times* a finales de año. *The Times* (Londres, 4 de diciembre de 1820).

Las consecuencias de la actitud irlandesa fueron no obstante más relevantes para la construcción de la nación colombiana. Como bien ha argumentado Clément Thibaud en su trabajo sobre los ejércitos bolivarianos en Colombia y Venezuela, la guerra jugó durante este periodo un papel central en la construcción de identidades políticas y formaciones nacionales²². Las circunstancias que siguieron a los sucesos de Riohacha, y sobre todo a la victoria de Carabobo, dispusieron la necesidad de que los irlandeses fueran excluidos de la identidad política nacional que comenzaba a fraguarse en Colombia, y que en el tablero de la creación y consolidación de identidades colectivas, su mal ejemplo adquiriera un sentido de diferenciación. Como bien ha argumentado el profesor Brown, tras la rebelión Bolívar convenientemente utilizó a los irlandeses como chivos expiatorios, y la denuncia por parte del Libertador de la deplorable conducta de parte del contingente extranjero –amparada además en tópicos tradicionalmente ingleses– rápidamente fue contrapuesta a los valores positivos de los «verdaderos» colombianos²³. El esfuerzo de estos mercenarios fue rápidamente olvidado en América, y su contribución se vio superada por la necesidad patriota de dotar a la nación de una cohesión interna y unas virtudes encarnadas en los años inmediatamente posteriores a la guerra por el soldado-ciudadano²⁴.

Los irlandeses en la independencia de Texas²⁵

La experiencia de los irlandeses presentes en Texas durante su guerra de independencia difiere del caso colombiano casi desde su comienzo, ya que la práctica totalidad de los habitantes de origen irlandés involucrados se encontraban *in situ* antes de que comenzara la revolución que entre octubre de 1835 y abril de 1836 condujo a la independencia texana. De hecho había sido la ausencia de una situación bélica, en lugar de la existencia de una lucha armada, la que había posibilitado la venida de emigrantes al estado mexicano de Coahuila y Texas.

La llegada organizada de irlandeses a Texas había comenzado en 1825, y puede considerarse una consecuencia más de la consecución de independencia mexicana. Desde 1821, la ocupación efectiva de los estados

22. Clément Thibaud, *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Planeta, Bogotá, 2003.

23. Brown, «Crusaders for Liberty...», p. 41.

24. Acerca del rol del elemento militar en la construcción de la nación tras la consecución de la Independencia, véase el artículo de Veronique Hébrard, «¿Patricio o soldado: qué «uniforme» para el ciudadano? El hombre en armas en la construcción de la nación (Venezuela, 1ª mitad del siglo XIX)», *Revista de Indias*, LXII, n° 225, 2002, pp. 429-462.

25. El territorio que desde abril de 1836 constituiría la República de Texas se integraba hasta su secesión en el estado de Coahuila y Texas, uno de los diecinueve estados fundadores de la federación mexicana en 1824. Saltillo fue la capital hasta 1833, año en el que fue relevada por Monclova.

del noreste de la República –especialmente preocupantes por ser la frontera frente a los Estados Unidos de América– había estado constantemente presente en los debates políticos²⁶. Consumada la independencia, el problema seguía siendo cómo promover la población. La imposibilidad de ocupar el territorio con población autóctona se puso de manifiesto rápidamente: México, debilitado por más de una década de extenuantes guerras civiles y con la expulsión de los españoles en el horizonte, no tenía los recursos demográficos necesarios para afrontar proyectos de autocolonización. Es en este escenario en el que la puesta en marcha de ambiciosos proyectos de colonización con extranjeros se destaca como el principal motor de la década para el desarrollo económico y la organización social de esta parte del «gran norte» de México.

La aprobación definitiva de una ley federal de colonización para México (24 de agosto de 1824) incentivó el interés de algunos emprendedores irlandeses que, animados por el ejemplo de Stephen Austin, pronto comenzaron a madurar la idea de promover en la joven república una colonización con población de origen irlandés. La posibilidad no obstante no era del todo nueva, pues ya durante las sesiones de la Comisión de Colonización del Congreso en 1822 se había leído una propuesta de Diego Barry, Tadeo Ortiz y Felipe O'Reilly para asentar a diez mil familias irlandesas y de las Islas Canarias²⁷. También sabemos de los esfuerzos por estas mismas fechas del propio Bernardo O'Higgins para conducir a población irlandesa a los confines de Chile y a la frontera norte de México²⁸. En la decisión de aquellos irlandeses que finalmente optaron por dirigirse al contexto mexicano tuvieron una notable influencia las redes sociales establecidas por emigrantes anteriores, lo cual pone de manifiesto la existencia de relaciones históricamente fructíferas entre Irlanda y la América hispana, sobre todo en el estrato militar²⁹.

A estos antecedentes, se sumó la aprobación de la ley estatal de colonización de Coahuila y Texas el 24 de marzo de 1825, exactamente siete meses después del establecimiento de la normativa. Dicha ley confirmaba la mayor parte de las ventajas para el colono recogidas en el texto federal del

26. Al respecto, véase Ángeles Mosquera Vázquez, «Política, economía y frontera: los proyectos de colonización del primer parlamentarismo mexicano (1821-1824)», *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, n° 44, 2006, pp. 37-74.

27. La propuesta se leyó el 22 de mayo de 1822. Mosquera, *ibidem*, p. 57, n. 39. Sabemos que se trataba de diez mil familias gracias a Gastón García Cantú, *Las invasiones norteamericanas de México*. Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 29.

28. Fabián Gaspar Bustamante Olguín, «Bernardo O'Higgins plans the arrival of Irish immigrants in Mexico», *Irish Migration Studies in Latin America*, n° 5, 1, 2007, pp. 59-60.

29. Al respecto, resultan esclarecedores los trabajos de Igor Pérez Tostado, ««Buscando el amparo de los españoles»: participación irlandesa en la estructura militar hispana en el Caribe. Siglo XVII», en Juan Marchena y Manuel Chust (coords.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e Independencias en Iberoamérica*, Universitat Jaume I, Castellón de la Plana, 2007, pp. 41-61; y Óscar Recio Morales, *Ireland and the Spanish Empire, 1600-1815*, Four Courts Press, Dublín, 2009.

año anterior. Entre las condiciones de asentamiento quedaba estipulado que cada colono recibiría una legua de tierra y estaría exento del pago de tributos durante diez años. Y lo que es más importante: se autorizaba al gobierno de Coahuila y Texas al establecimiento de contratos directos con empresarios que presentaran planes de colonización para más de cien familias.

Entre 1824 y 1829, el estado de Coahuila y Texas suscribió 21 contratos para el establecimiento de colonos en su territorio. Al menos dos de estos acuerdos fueron firmados por sociedades de emprendedores nacidos en Irlanda (James Power y James Heweston formaban una de estas sociedades, la otra la integraban John McMullen y James McGloin), y supusieron la llegada de casi quinientas familias de irlandeses, venidos tanto desde Irlanda como desde los principales puertos del este de los Estados Unidos³⁰. A los empréstitos de Power Heweston y McMullen McGloin se debieron la fundación de las dos principales colonias irlandesas: Nuestra Señora del Refugio (1829), en el emplazamiento de la antigua misión española de mismo nombre; y apenas dos años después y a treinta kilómetros de la ciudad de Corpus Christi, la colonia bautizada con el representativo nombre de San Patricio de Hibernia³¹.

La ubicación geográfica de estas dos colonias hizo que al desatarse la revolución en otoño de 1835 en medio del descontento originado por el giro centralista del gobierno mexicano, sus habitantes rápidamente se vieran envueltos en la contienda. De pronto tanto Refugio como San Patricio se hallaron de pronto en «la encrucijada de la batalla», y el constante trasiego de ambos ejércitos provocó la amplia destrucción de ambos emplazamientos³².

Resulta preciso subrayar que el grueso de los colonos irlandeses de San Patricio había llegado a Texas entre 1829 y 1833, antes que los moradores de Refugio, asentados en su mayor parte durante 1834, en vísperas por tanto del comienzo de la revolución. Entre el asentamiento de los irlandeses en San Patricio y en Refugio medió por tanto un lustro como mucho. Tiempo más que suficiente, no obstante, para que según una de las interpretaciones más recientes del proceso, los habitantes de San Patricio desarrollasen un moderado sentimiento de lealtad a la administración mexicana, ya que era ésta la que les había dado la posibilidad de obtener tierras como colonos. Según esta interpretación, los irlandeses de San Patricio al comienzo de la

30. Graham Davis, *Land! Irish Pioneers in Mexican and Revolutionary Texas*, Texas A&M University, Austin, 2002, pp. 76-78.

31. W.H. Oberste, *Texas Irish Empresarios and Their Colonies*, Von Boeckmann-Jones, Austin, 1973.

32. John Brendan Flannery, *The Irish Texans*, University of Texas Institute of Texan Cultures, San Antonio, 1980, p. 77.

guerra se sentían más próximos a sus compañeros de origen mexicano que a los anglo-americanos³³.

El devenir de los acontecimientos se encargaría de transformar esta situación. Si en los meses de octubre y noviembre de 1835 los irlandeses parecieron mantener un tácito apoyo a la postura mexicana, amparado sobre todo en la preocupación que les suponía la posibilidad de que los emprendedores que incesantemente llegaban desde los Estados Unidos pudieran ocupar las tierras que les habían sido asignadas, a partir de diciembre y sobre todo en los dos primeros meses de 1836 la lealtad de los irlandeses viró hacia posiciones independentistas. La primera manifestación de esta variación se hizo notar menos de una semana después de la capitulación de Béjar: el día 20 de diciembre se leyó en la ciudad de Goliad la Declaración de Independencia de Texas, firmada por 91 hombres, 42 de los cuales eran irlandeses³⁴. Además, la destrucción y el desabastecimiento sufridos en las citadas colonias como consecuencia de la violenta ofensiva mexicana que desde febrero encabezó el General Santa Anna terminaron por inclinar la postura de los restantes habitantes de origen irlandés hacia la opción de los «rebeldes» texanos, que finalmente triunfarían tras su victoria en la batalla de San Jacinto (21 de abril de 1836).

La prensa británica ante la experiencia de los irlandeses en la Gran Colombia y Texas

La gran atención dedicada por la prensa británica del momento a las noticias sobre la experiencia de británicos e irlandeses en Iberoamérica contribuyó a que en el Reino Unido se conocieran los diversos procesos de independencia iberoamericanos. Alrededor de 1819 eran dos los periódicos que copaban el mercado de las islas y confrontaban las opciones políticas de conservadores (*tories*) y liberales (*whigs*)³⁵. El principal vocero de la oposición al gobierno conservador del momento, representando además la inclinación de un sector de la opinión pública británica a favor de la independencia iberoamericana, lo constituía *The Morning Chronicle*, periódico londinense fundado en 1769. Mucho más conservador era *The Times*, diario que tácitamente apoyaba la postura española frente a las revoluciones hispanoamericanas. Además, y a pesar

33. Davis, *Land!...*, p. 114.

34. *Ibidem*, p. 151. Tan sólo dos de los firmantes eran de origen mexicano.

35. Ligeramente inferiores en tirada e importancia eran los otros dos principales periódicos londinenses, el *Morning Post* y el *Morning Herald*. Ed King, «British Newspapers, 1800-1860», en *British Newspapers Online*, Cengage Learning, Detroit, 2007. Para una buena descripción de la prensa británica del momento, véase también Guadalupe Jiménez Codinach, *La Gran Bretaña y la independencia de México, 1808-1821*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991 (cap. II, «La prensa y la opinión pública»); y Berruezo León, *La lucha de Hispanoamérica...*, pp. 289-291.

de contar con una menor tirada, en Dublín también existía un importante escenario periodístico en donde destacaba *The Freeman's Journal*, medio en el que aparecerían muchas de las cartas escritas por los miembros de la Legión a su regreso. En estos tres periódicos, así como en otros publicados en las ciudades portuarias desde donde fueron fletados algunos de los barcos con voluntarios a bordo –tales como Bristol (*The Bristol Mercury*) o Liverpool (*The Liverpool Mercury*)– se filtraron tanto las opciones políticas del gobierno y la oposición con respecto a la situación de la Iberoamérica como las fases de ilusión, duda y desencanto desarrolladas por el pueblo británico durante el tiempo que duró la aventura de los regimientos irlandeses.

Las noticias sobre la Legión irlandesa comenzaron a aparecer con asiduidad en la prensa británica favorable a la intervención británica desde mediados de 1819, en medio de un contexto de euforia e ilusión ante el seguro éxito que se preveía a la expedición. Así, en un artículo del 9 de julio de ese mismo año, el *Morning Chronicle* informó sobre la partida desde Liverpool de los casi cinco mil hombres reclutados por Devereux, si bien según el periódico el entusiasmo de los irlandeses a favor de la causa sudamericana hacía que estos pudieran haber sido hasta diez veces más:

«Such is the enthusiasm of the Irish in favour of the cause of South America, combined with the popularity of the General in that country, that if time were afforded, ten times the number may have been easily raised, in despite of all the false rumours circulated, and all the base artifices employed to damp the ardent desire of the people to second this glorious struggle for liberty»³⁶.

El entusiasmo recogido por el *Chronicle* se hizo patente de nuevo poco después con motivo de una de las cenas organizadas en Dublín a finales del mismo mes por los «*Irish Friends of South American Independence*», con el fin de honrar al general Devereux y reunir fondos para la causa. En aquella ocasión, Charles Phillips, tal vez el principal orador católico del momento, tomó la palabra para pronunciar un emotivo discurso en el que tras acusar a España de ser el «horror del cristianismo» y el «estigma de Europa», animaba a los soldados irlandeses y se mostraba confiado en la expedición, pues «when a people will it, their liberation is inevitable» [cuando un pueblo lo desea, su liberación es inevitable]³⁷. Los voluntarios

36. *Morning Chronicle* (Londres, 9 de julio de 1819). [«Tal es el entusiasmo de los irlandeses a favor de la causa sudamericana y la popularidad del General [Devereux] en aquel país, que si el tiempo no apremiara se podría haber reclutado diez veces más de lo que se ha hecho, a pesar de los falsos rumores que han circulado y de todas las infames tretas utilizadas para apagar los ardientes deseos que tiene la gente de secundar esta gloriosa lucha por la libertad»]. La autoría de las traducciones es nuestra.

37. Charles Phillips, «Speech delivered at a splendid complimentary dinner given to the Irish Le-

continuaron llegando en los meses siguientes, incluso a pesar de que el 1 de agosto de 1819 se había aprobado la ley que formalmente prohibía el alistamiento de ciudadanos británicos en tropas extranjeras.

El inicial apoyo de la opinión pública británica duró apenas seis meses, ya que desde comienzos de 1820 *The Times* vertió ácidas críticas y acusaciones contra Devereux, acosado ya por una intensa polémica. El hecho de que no hubiera partido con sus hombres y permaneciera todavía en Londres provocó que se comenzara a cuestionar su legitimidad como representante del ejército de la República de Venezuela. Estas dudas se vieron avivadas además por los desengaños testimonios de los primeros hombres regresados de la aventura, que convenientemente encontraron su sitio en las páginas de la prensa conservadora. En ellos se afirmaba que tanto Luis Brión como Mariano Montilla habían negado siquiera haber oído hablar del irlandés, y que de todas formas el alistamiento se había producido bajo falsas promesas, pues no sólo no había ningún preparativo listo para su llegada a la isla Margarita sino que ninguno de los hombres había cobrado lo estipulado. A la luz de estas relevaciones, inmediatamente se empezaron a plantear interrogantes sobre el destino de los fondos recogidos para la causa independentista, y desde varias instancias se pidió al comandante de la Legión que aclarase la situación. Los medios favorables a los patriotas americanos contraatacaron publicando a principios de marzo sendas cartas de López Méndez y del propio Bolívar dirigidas a la Legión y ratificando a Devereux, y pese a que esta última misiva también fue objeto de controversia debido a su más que posible falsificación, el daño ya estaba hecho, pues desde el 29 de enero se había promovido una comisión de investigación con relación a todo el *affaire* Devereux³⁸.

A partir de entonces la publicación de cartas de miembros de la Legión irlandesa defendiendo o atacando a Devereux y a su agente en Londres – Matthew McNamara – se hizo constante. No obstante, fue la llegada de las noticias sobre la rebelión de Riohacha lo que atestó el golpe definitivo a la moral de la opinión pública favorable a la Legión.

El 29 de julio de 1820, el *Morning Chronicle* publicó la noticia de que los irlandeses que habían desertado en Riohacha finalmente habían llegado a Jamaica. Las cartas y artículos de opinión por parte de miembros de la Legión que se hallaban de regreso en Inglaterra o Irlanda vinieron a apuntalar las distintas líneas editoriales de la prensa británica con respecto a el modo en que debería proceder la política exterior de Westminster

gion by the Friends of South American Freedom, at Morrison's Hotel, Dublin», en *The Speeches of Charles Phillips, Esq.*, W. Simpkin & R. Marshall, Londres, 1822 (2ª ed.) [1ª ed. 1817], p. 199. Consideramos significativo que este discurso no apareciera en la primera edición, y que tan sólo cinco años después fuera sin embargo recuperado para la segunda.

38. *Liverpool Mercury* (Liverpool, 3 de marzo de 1820); *Freeman's Journal* (Dublín, 11 de marzo de 1820); *Morning Chronicle* (Londres, 2 de febrero de 1820).

con relación a las independencias iberoamericanas. Es importante tener presente que la polémica en torno al alistamiento de súbditos británicos en los ejércitos libertadores había llegado incluso al Parlamento, y que el enfrentamiento entre *whigs* y *tories* tenía como principal trasfondo el debate político sobre las propuestas de mediación en los distintos procesos de independencia iberoamericanos.

A pesar de que en 1821 acaecieron los éxitos de los restantes miembros de la Legión en la batalla de Carabobo y finalmente la ansiada celebración de la entrevista personal entre Bolívar y Devereux, la impronta de los sucesos de Riohacha hizo que la noticia recibiera una atención menor³⁹. Este episodio, junto con los nuevos asuntos que empezaban a llenar las páginas de los periódicos desde que en 1822 George Canning se hiciera cargo del *Foreign Office* (tales como el reconocimiento de los nuevos estados, la invasión francesa de España entre abril y septiembre de 1823 o la proliferación de las Asociaciones Católicas en Irlanda en la primavera de ese mismo año) hizo que el devenir de los irlandeses y británicos que todavía permanecían en Iberoamérica poco a poco pasara a un plano secundario.

Quince años después, la revolución de Texas podía haber recuperado el interés que en el pasado había mostrado el público británico por un proceso de independencia iberoamericano, más todavía si consideramos que se trataba de un movimiento que también involucraba a la América anglosajona. La aproximación a la prensa del momento revela sin embargo que el modo en el que se trataron los sucesos texanos fue bastante distinto al empleado para el horizonte colombiano entre 1819 y 1821. Aunque las batallas y eventos políticos que jalonaron el cambio de soberanía en Texas (la Declaración de Independencia, la rendición de Béjar, la captura de Santa Anna y su posterior firma del Tratado de Velasco que reconocía la independencia de la República de Texas) encontraron su reflejo en las páginas de los principales periódicos, lo cierto es que no se reprodujo la profusión de artículos de opinión y cartas al director que tantas páginas habían ocupado durante el tiempo de actuación de la Legión irlandesa⁴⁰. Resulta lógico por otra parte que en el Reino Unido se tuviera poco conocimiento sobre el grado de implicación de los colonos de origen irlandés en los acontecimientos, dado que no todos habían llegado al noreste mexicano directamente desde Irlanda, y porque a pesar de los anuncios aparecidos en prensa, su impacto no podía acercarse siquiera al de la campaña propagandística puesta en marcha por los agentes bolivarianos

39. La noticia sobre el encuentro entre Bolívar y Devereux, en *Liverpool Mercury* (Liverpool, 2 de febrero de 1821).

40. La Declaración de Independencia fue reproducida en el *Morning Chronicle* (Londres, 15 de enero de 1836). Las noticias sobre la rendición de Béjar y la capitulación del general Santa Anna en *The Times* (Londres, 29 de enero y 29 de julio de 1836, respectivamente).

entre 1817 y 1819. Además, hay que tener en cuenta el factor del tiempo: si la Legión de Bolívar se había destacado durante el reclutamiento por su carácter netamente irlandés, la mayor parte de los implicados quince años después en el caso texano ya habían adquirido una identidad más compleja, ya fuera ésta mexicana, estadounidense, u otra⁴¹.

Pero, a diferencia también de lo ocurrido hacía quince años, los debates en la prensa sobre la independencia de Texas acabaron por adquirir fuerza después de la consecución de la misma, cuando durante la guerra en Colombia casi habían desaparecido a partir del verano de 1821. La cuestión texana se insertó de lleno en las discusiones sobre la esclavitud, y uno de los principales «culpables» de que el asunto apareciese en la prensa londinense fue Daniel O'Connell, el líder político de los católicos de Irlanda, del que hablaremos con más detenimiento a continuación⁴².

Gran Colombia y Texas, dos procesos de independencia iberoamericanos

Como hemos visto, durante la primera mitad del siglo XIX fueron muchos los irlandeses que cruzaron el Atlántico con alguna región iberoamericana como destino final. Inmigrantes en un periodo de profundas mutaciones en el universo político y social de sus lugares de acogida, indefectiblemente se vieron implicados en los procesos de creación de las nuevas repúblicas y en las primeras tensiones fruto del advenimiento de la nación.

El papel de los miembros de la Legión irlandesa en los campos de batalla de la Gran Colombia fue más bien discreto, y su aportación a la consecución de la independencia a través de las armas escasa, a pesar de ser el caso más numeroso de entre las distintas legiones «nacionales» – británica, escocesa, hannoveriana– reclutadas. Muestra de ello es el hecho de que a pesar de no haber contado con campañas de reclutamiento de voluntarios extranjeros, la mayor parte de las nuevas repúblicas ya se hubieran emancipado alrededor de 1822. Únicamente en Chile además de en la Gran Colombia se dio una intervención similar, si bien en el caso chileno el auxilio europeo consistió sobre todo en ayuda naval, por lo que las implicaciones sociales y culturales de dicha intervención merecen ser minimizadas en relación con las del caso colombiano⁴³.

Pero la construcción de las nuevas repúblicas trascendió el campo de batalla, y rápidamente requirió delimitar quiénes eran miembros de la nación. En este sentido, la presencia de los irlandeses como extranjeros

41. Acerca de la construcción y mutación de identidades nacionales durante este periodo, puede verse el estudio de Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier. Texas and New Mexico, 1800-1850*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, especialmente pp. 146-171.

42. *Morning Chronicle*, «Texas and Mr. O'Connell», (Londres, 28 de agosto de 1839).

43. Brown, *Adventuring through...*, p. 218.

que, en mayor o menor medida, habían contribuido al proceso desde la institución militar creaba dudas sobre su consideración como ciudadanos⁴⁴. A pesar de que la Constitución de 1819 establecía el derecho de ciudadanía activa para los militares extranjeros que hubieran combatido por la independencia, lo cierto es que se trataba de una cuestión muy compleja⁴⁵.

En el caso de la Legión reclutada por Devereux, fue la deslealtad de gran parte de sus integrantes la que provocó su exclusión de la comunidad que se estaba construyendo. La rebelión en Riohacha dotó a las autoridades colombianas de un mal ejemplo que contraponer a los valores que se pretendía destacar, a la vez que solventaban un incómodo problema.

En la revolución de Texas la situación fue bien distinta. En primer lugar porque el abanico de posibilidades con la que contaban los inmigrantes irlandeses era mucho más amplio: si en Colombia precisamente había sido su supuesta devoción a la causa patriota el motivo de su llegada, en el noreste mexicano entraron en juego otros muchos factores que podían condicionar la lealtad, tales como la ubicación geográfica, el tiempo pasado desde su asentamiento como colonos, o la distancia a los centros de abastecimiento, por mencionar sólo los más representativos.

Pero además de estos determinantes circunstanciales, hay que tener en cuenta que en el proceso de independencia de Texas subyacían dos aspectos de gran importancia para los irlandeses que se vieron involucrados. Por un lado, la cuestión religiosa. Los irlandeses se habían convertido en colonos precisamente por su condición de católicos, en claro contraste con el componente anglosajón de la mayoría de los texanos⁴⁶. Por otro, el debate sobre la esclavitud, considerada por muchos la principal causa del proceso, introdujo otro factor en la ecuación (además de aquellos de índole moral), ya que ninguno de los dos modelos políticos mexicanos en contención –el federalista y el centralista– albergaban a la larga la posibilidad de legalizar la esclavitud⁴⁷.

A la luz de los casos estudiados, creemos que la opción de lealtad o rebeldía en un momento concreto tuvo más que ver con las causas de la emigración que con la elección de determinado modelo económico o social. Tanto en la Gran Colombia como en Texas, los irlandeses llegaron atraídos por las ventajas de asentamiento. La posibilidad de prosperar, y sobre todo, de acceder a la tierra, fueron las fuerzas motrices de la

44. Acerca de la importancia del término ciudadano para la formación de la nación en Colombia, véase Hans-Joachim König, «Nación-Colombia», en Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social...*, pp. 906-918. Situar a los extranjeros en la nación había resultado muy complicado también durante el periodo colonial. Tamar Herzog, *Vecinos y extranjeros. Hacerse español en la Edad Moderna*, Alianza Editorial, Madrid, 2006, pp. 181-106 y 145-176.

45. Hébrard, «¿Patricio o soldado...», p. 443.

46. No queremos decir con esto que todos los irlandeses fueran católicos, sino que al menos formalmente todos los que se establecieron como colonos en el estado de Coahuila y Texas debían serlo.

47. Reséndez, *Changing National Identities...*, p. 162.

inmigración, y el posicionamiento de los mercenarios y colonos en general fue una reacción ante la inexistencia de las condiciones prometidas (Gran Colombia), o la manera de conservar lo ya conseguido, incluso cuando esto significara el cambio constante de lealtades (Texas).

En la introducción a este trabajo nos preguntábamos además por la repercusión de estas experiencias revolucionarias en el Reino Unido, lugar de origen de los migrantes estudiados. En este sentido, creemos que la minuciosa cobertura que recibieron los procesos de independencia (en especial el de la Gran Colombia) es el principal indicador de la atención con la que se observaron los eventos del otro lado del Atlántico. No cabe duda de que la implicación directa en los procesos de estos súbditos británicos aumentó la visibilidad de los mismos en Inglaterra, y sobre todo en Irlanda. No obstante, hay otro aspecto que también ha llamado nuestra atención por las reverberaciones que provocó, al menos de manera indirecta, en el desarrollo de la política doméstica británica con relación a Irlanda. Nos referimos a la fuerte implicación personal de Daniel O’Connell –conocido como el «Libertador»– en la mayor parte de los eventos celebrados en el Reino Unido a favor de la causa de los patriotas americanos.

Conviene recordar que la situación política de Irlanda en estas fechas venía condicionada por su unión formal con Gran Bretaña bajo un único reino. Una de las consecuencias más evidentes de este enlace, hecho oficial por el Acta de Unión de 1801, había sido la abolición del parlamento irlandés y su absorción por el de Westminster. En el proceso, los católicos quedaron aún más excluidos de la vida parlamentaria –la discriminación religiosa ya había existido desde 1727–, sin derecho alguno de representación directa. Daniel O’Connell era en estos momentos uno de los abogados católicos más jóvenes de Irlanda, y se encontraba al inicio de una carrera política verdaderamente meteórica. Su pragmatismo convirtió la experiencia de los irlandeses en procesos de independencia al otro lado del Atlántico en un útil instrumento político, que O’Connell aprovechó destacándose en sus gestos de apoyo a las independencias iberoamericanas. Ya en los primeros actos de la asociación de «*Irish Friends of South American Independence*» su presencia fue notoria, apoyando por ejemplo en público a Devereux antes del escándalo que afectó al contratista, y más adelante mostrando en la prensa su interés en que la situación se aclarase en una comisión de investigación de la que también formó parte. A un nivel más personal pero no por ello menos público, envió a su hijo Morgan de quince años de edad para que acompañara a Bolívar y le hiciera entrega de unas cartas personalmente dirigidas al Libertador; incluso su mujer, Mary O’Connell, tejió un manto para la Legión, y la noticia encontró convenientemente su sitio en la prensa⁴⁸.

48. *Freeman’s Journal* (Dublín, 22 de enero de 1820).

El compromiso de O'Connell con las aspiraciones emancipadoras de los patriotas americanos no terminó en 1821, ni tampoco sus declaraciones y discursos en los que realizaba tácitos paralelismos entre las situaciones de las colonias españolas y la de Irlanda. Así, poco después de que en 1823 fundara la *Catholic Association* (institución a través de la cual aspiraba a ejercer una presión popular sobre el gobierno británico para conseguir la emancipación de los súbditos católicos), incorporó a su estrategia política una forma calcada del caso neogranadino para aumentar los ingresos de su maltrecha organización y potenciar el apoyo de las masas a la causa católica. Nos referimos a lo que dio en llamar «la Orden de los Libertadores», y que no era sino una adaptación de la condecoración establecida por Bolívar el 22 de octubre de 1813 en Caracas. Las protestas británicas no tardaron en aparecer, y frente a la máxima expuesta por O'Connell de que «todo hombre puede así ser un Libertador», los medios presentaron la situación como un inaceptable gesto del líder católico, que en este caso se habría arrogado poderes regios tales como la concesión de honores⁴⁹.

Pero O'Connell no fue el único que vio paralelismos entre la situación de Irlanda y la de los dominios hispanos en América en sus respectivas relaciones con las sedes del poder. Ya en 1814, en su obra *An Exposé of the Dissentions of Spanish America*, William Walton (el mismo que había sido autorizado por James Perry, director del *Morning Chronicle*, para recibir de López Méndez una pensión de trescientas libras a cambio de escribir artículos favorables a la independencia de Hispanoamérica) había afirmado que la América hispana e Irlanda tenían cada una el mismo tipo de relación con sus respectivas metrópolis⁵⁰. Y qué decir de William Cobbett, el conocido editor del *Cobbett's Weekly Political Register*, que en su número del 27 de diciembre de 1823 escribía un memorial al rey Jorge IV expresando su «vergüenza» por el hecho de que *The Courier*, entre otras publicaciones, hablara de la opresión de los católicos en México y sin embargo se mantuviera en silencio sobre las condiciones de los mismos en Irlanda⁵¹. Opinión parecida manifestó Richard Lalor Sheil, político irlandés que aspiraba a hacer sombra a Daniel O'Connell, al escribir en el *Morning Chronicle* del 10 de enero de 1824:

«[...] they who are most indignant at the system of misrule adopted by Spain towards her colonies, should have overlooked the faithful

49. *Morning Chronicle* (Londres, 14 de julio de 1826).

50. «Ireland stands on the same relative footing to England as Spanish America does to Spain». William Walton, *An Exposé of the Dissentions of Spanish America*, Londres, 1814, p. 264. Existe cierta controversia sobre la verdadera autoría de este ensayo. Sabemos por ejemplo que Servando Teresa de Mier acusó a Walton de haberle robado la obra. Véase Jiménez Codinach, *La Gran Bretaña y la independencia de México...*, p. 54. La confirmación de la pensión de trescientas libras la da Berrueto León, *La lucha de Hispanoamérica...*, p. 186.

51. *Cobbett's Weekly Political Register* (Londres, 27 de diciembre de 1823).

analogies presented by this country. It is not a little surprising to find that the system pursued by Spain towards the Creoles was exactly the same as that adopted by England towards the Roman Catholics of Ireland»⁵².

Dicho esto, completó la analogía citando un extracto de *El ensayo político sobre el reino de la Nueva España* del barón de Humboldt, que en su opinión recogía situaciones muy similares a las que excluían los católicos de la vida política de Irlanda.

Cuando las autoridades británicas repararon en el peligro que implicaba O'Connell ante la posibilidad de que la opinión pública relacionara conflictos a ambos lados del Atlántico, esperaron la oportunidad para apresarle. El líder irlandés provocó la misma a finales de año, al supuestamente afirmar ante un grupo de periodistas que «si Irlanda fuera llevada a la locura por persecuciones, y rogaba a Dios que esto no ocurriera, desearía que un nuevo Bolívar se alzara, animando el espíritu de los sudamericanos al pueblo de Irlanda»⁵³. Esta mención a un nuevo Bolívar, en la que un sector de los lectores vería al propio O'Connell, supuso su arresto por los cargos de presunta sedición y traición a la Corona. Fue liberado pasados unos días, dado que los periodistas llamados a declarar como testigos, incluso aquellos de medios poco afines a la causa de la emancipación, apelaron a muy diversas razones (entre ellas olvidos repentinos, el ruido de la sala que no les permitía garantizar qué habían escuchado, e incluso el secreto profesional) para evitar que con sus testimonios se condenara a O'Connell.

Tras su liberación O'Connell continuó con su campaña hasta conseguir la emancipación de los católicos del Reino Unido en 1829. La reforma legal implicó la retirada de gran parte de las limitaciones impuestas con anterioridad, permitiendo por ejemplo al sector más pudiente de los católicos el acceso a la vida política y a determinados puestos de la administración reservados hasta entonces a anglicanos. A pesar de ello, O'Connell no consideraba haber cumplido todos sus objetivos, así que se adentró en la década de 1830 con una cada vez más eficaz estrategia de presión popular, encaminada esta vez a la retirada del Acta de Unión de 1801 y la restitución del *status quo* anterior.

La aparición relativamente tardía del debate sobre lo acaecido en Texas toma así otro cariz. A partir de 1837, en la recta final de la agitación por la suspensión de la Unión, de nuevo se observa a O'Connell interesado en un proceso acaecido al otro lado del Atlántico, planteando en esta ocasión al

52. *Morning Chronicle* (Londres, 10 de enero de 1824). [«No puedo dejar de pensar que aquellos que se muestran tan indignados ante el trato dado por España a sus colonias, han obviado las analogías que este país [Inglaterra] presenta. No es en absoluto sorprendente observar que el sistema adoptado por España hacia los criollos era exactamente el mismo que el adoptado por Inglaterra hacia los católicos de Irlanda»].

53. *Bristol Mercury* (Bristol, 27 de diciembre de 1824).

Parlamento británico no reconocer a la República de Texas hasta que no se distanciara de la esclavitud. Incluso dirigió sus palabras directamente a los irlandeses asentados en los Estados Unidos, incitándoles a considerar las implicaciones de la independencia texana para el futuro norteamericano, y propuso la creación de un estado con población negra libre para impedir el avance de la esclavitud en el continente⁵⁴.

Con el debate sobre la esclavitud O'Connell hábilmente supo volver a traer al frente la discusión sobre las formas de colonialismo y la relación entre Gran Bretaña e Irlanda. En cierto modo, al relacionar sus críticas a la fragmentación de México con su oposición a los términos de la unión política pudo favorecer esta causa, que dio un importante paso en 1839 al fundarse la asociación que promovería en la década siguiente la revocación del Acta de Unión de 1801⁵⁵.

54. Para entender el activo papel de O'Connell en la promoción del abolicionismo en Estados Unidos y el riesgo que su posicionamiento implicaba para el movimiento político que lideraba en Irlanda –debido a la posibilidad de perder el apoyo financiero de los irlandeses ya asentados en los Estados Unidos–, véanse Douglas C. Riach, «Daniel O'Connell and American Anti-Slavery», *Irish Historical Studies*, n° 20, 77, 1976, pp. 3-25; y W. Caleb McDaniel, «Repealing Unions: American Abolitionists, Irish Repeal, and the Origins of Garrisonian Disunionism», *Journal of the Early Republic*, n° 28, 2008, pp. 243-269. En cuanto al plan de crear una colonia de negros libres como «tapón» entre México y los Estados Unidos, lo sabemos gracias a Annie H. Abel, «Mexico as a field for systematic British colonization, 1839», *Southwestern Historical Quarterly*, 30, n° 1, 1926, pp. 63-67.

55. A pesar de ello, el único artículo que conocemos tratando de situar a O'Connell en un contexto amplio –incluido el latinoamericano– es el de Sean McGraw y Kevin Whelan, «Daniel O'Connell in Comparative Perspective, 1800-1850», *Éire-Ireland*, n° 40, 1-2, 2005, pp. 60-89.